

Tula Springs

Baptistas modernos,
seguido de «Mr. Ray»

James Wilcox

Traducción de Damià Alou

CONTRA

Modern Baptists © 1983, James Wilcox

«Mr. Ray» © 1981, James Wilcox; publicado originalmente en *The New Yorker* el 26 de enero de 1981
«Moby Dick in Manhattan» © 1994, James B. Stewart; publicado originalmente en *The New Yorker* el 27 de junio de 1994. Reproducido con permiso de iCM Partners

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Damià Alou, excepto el epílogo de James B. Stewart, traducido por Gabriel Cereceda

Diseño y maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Octubre de 2016

© 2016, Contraediciones, S.L.

Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª

08017 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2016, James Wilcox, del prólogo

© 2016, Damià Alou, de la traducción del prólogo, *Modern Baptists* y «Mr. Ray», de James Wilcox

© 2016, Gabriel Cereceda, de la traducción de «Moby Dick in Manhattan», de James B. Stewart

© Thomas Hoepker/Magnum Photos/Contacto, de la foto de cubierta (Bourbon Street, Nueva Orleans, 1993)

ISBN: 978-84-945612-2-1

Depósito Legal: DL B 19.195-2016

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Tula Springs

Prólogo

Hace algunos años, tras impartir una charla en el Curso de Edición Radcliffe de la Universidad de Columbia, una alumna me preguntó si yo había sufrido problemas de sobrepeso. Me lo preguntaba porque el personaje principal de *Baptistas modernos*, Mr. Pickens, acostumbra a abusar del bizcocho de piña. Muchos lectores dan por supuesto que una primera novela es un relato apenas disimulado de la vida del autor. Pero de muchacho yo era muy delgado, y siempre albergaba la esperanza de ganar un poco de peso comiendo no solo bizcocho de piña, sino cualquier tipo de dulce con cualquier fruta.

Otra cosa que no tengo en común con Mr. Pickens: no soy baptista... y tampoco muy moderno. Al igual que F. X., el hermanastro de Mr. Pickens, me criaron como católico de la vieja escuela, aunque debo confesar que de adolescente, después de misa, cruzaba la ciudad para asistir al servicio metodista. Allí tocaba el órgano para acompañar al coro de mi padre, y me sentía vagamente incómodo por ayudar a celebrar a los protestantes. De todos modos, me siento aún más orgulloso de poder afirmar que jamás me despidieron de mi trabajo de encargado adjunto de una tienda de ofertas, tal como le ocurría a Mr. Pickens. (Lo que se debe, sobre todo, a que jamás trabajé en ninguna.)

Desde los comienzos de mi carrera literaria me han atraído los personajes marginales, la gente a la que no se le concede ni un minuto de fama, por no hablar de quince. Mi primer relato publicado se basaba en un anciano al que visitaba cada semana cuando era miembro de

la asociación Voluntarios Acompañantes del Village, en Manhattan. Mr. Nelson había sido un hombre extremadamente recio que ahora se veía reducido a huesos y pellejo debido a un problema cardíaco, que prácticamente le imposibilitaba para valerse por sí mismo. Yo no sabía gran cosa de su vida, solo que había cumplido condena en Sing Sing, aunque nunca averigüé por qué. Como padecía un dolor crónico, a veces se ponía desagradable, y cuando le barría o le fregaba el suelo de la cocina, casi nunca quedaba satisfecho. En mi relato «Mr. Ray» lo trasladé a Tula Springs, donde residía en el apartamento situado sobre el garaje propiedad de Mrs. Jenks, que posteriormente se convirtió en un personaje marginal de *Baptistas modernos*.

Por lo que se refiere a dicha novela, está abarrotada de personajes que son marginales de maneras muy variadas, entre ellas su relación con mi propia vida. Cuando iba a la escuela primaria, Morgan & Lindsey —una tienda de ofertas de mi barrio— me atraía todos los sábados como un imán. El olor a anacardos tostados detrás del mostrador de las golosinas era una pura delicia, al igual que la maravillosa imagen de las plumas color pastel de los pájaros enjaulados. Sin embargo un domingo, en la Iglesia del Espíritu Santo, se me reveló una imagen nueva y sorprendente de esa tienda. Durante la misa oí sollozos que me hicieron volver la cabeza para ver qué ocurría. No lejos de mí había una mujer con un kleenex sujeto con horquillas en el pelo. (En aquella época no era infrecuente que desempeñara la función del sombrero que se exigía en la iglesia.) Aunque nunca había visto a esa mujer en misa, su cara me resultaba extrañamente familiar. Me estrujé el cerebro intentando ubicarla. Entonces caí en la cuenta. Era la dependienta de las golosinas de Morgan & Lindsey, la mujer que presidía los anacardos y esas pacanas recubiertas de chocolate pecaminosamente deliciosas. Su desesperación era tan viva, tan desgarradora, que yo necesitaba alguna explicación, una historia que revelara el porqué de esa aflicción. Ahí, debajo de la paloma del vitral, esa desconocida que me resultaba familiar inspiró lo que, muchos años más tarde, se convertiría en *Baptistas modernos*.

Aunque la novela está ambientada en Luisiana, la escribí durante mi época en Nueva York. Mi tierra natal nunca me pareció más viva

y singular que cuando vivía en un lugar tan completamente distinto. Fue ahí donde comencé a comprender de otra manera la intuición que mi padre, profesor de música, me había transmitido cuando yo estudiaba chelo y piano en el instituto. Papá me mostró cómo la música de Mozart combinaba los elementos de inevitabilidad y sorpresa. Esa fusión de ideas opuestas resulta también esencial para la comedia, para lo que John Lowe ha denominado mi «comedia de redención». Cuando todo parece irremediablemente perdido, sin esperanza, es el momento en que la gracia puede llegar a revelarnos la imprevista reconciliación que trasciende nuestro pensamiento dualista. No es accidental que la ópera a la que asiste Mr. Pickens en el Coliseo de St. Jude sea la celebración cómica que hace Mozart de la gracia del perdón.

En 1998 regresé al Sur. Primero a Misisipi, donde durante tres años di clases como escritor visitante, y luego a Luisiana, donde he enseñado escritura creativa como profesor titular. La fe me ha resultado esencial en todos los lugares en que he vivido. Me hizo falta fe para renunciar a mi empleo en la editorial Doubleday y emprender mi propia carrera de escritor. También me hizo falta fe para dejar Nueva York en 1998, cuando tenía casi cincuenta años y no tenía muy claro cómo me adaptaría a la vida universitaria. Desde los días en que vivía en mi estudio de la calle 24 de Manhattan se me han abierto nuevas perspectivas. Ahora, en mi sala de estar de Luisiana hay un piano de media cola, donde los sábados por la tarde se pueden escuchar las inevitables aunque sorprendentes modulaciones de una sonata de Mozart a cuatro manos. Robbye, que llega cada sábado a las cuatro con sus partituras, también ha introducido a Bach, Dvořák, Debussy, Saint-Saëns, Rajmáninov y Gershwin en nuestro repertorio. Pero por alguna razón solo Brahms consigue que Sunshine, la perra que adopté del refugio local, se anime y añada sus propios ululatos. Naturalmente, solo canturrea con nosotros si damos la talla. Hay sábados en que tan solo levanta la cabeza y suspira antes de regresar a su siesta.

James Wilcox,
agosto de 2016

Baptistas modernos

James Wilcox

A Marie y James H. Wilcox
y a
Maud Larson Swift

PRIMERA PARTE

«Recuerda cuán breve es mi tiempo...»

—SALMOS, 89:47

1

Cuando F. X. salió de la cárcel, se fue a vivir con su hermanastro, Mr. Pickens, cuya casa estaba al lado de Dr. Henry's, una tienda abierta toda la noche en la que vendían cerveza, cubitos y gasolina. La razón por la que Mr. Pickens lo dejaba vivir allí —no era una casa grande, apenas tenía un dormitorio y una salita, que era donde dormía F. X.— era que Mr. Pickens tenía un lunar en la espalda con la forma del mapa de Nueva Jersey, solo que un poco más grueso. Al menos así se lo había descrito el médico; intentaba quitarle hierro para que Mr. Pickens no quedara tan afectado por el informe del laboratorio, que decía que el lunar era maligno. Cuando Mr. Pickens se enteró, se quedó completamente petrificado. Tenía cuarenta y un años y todavía era soltero, y no tenía a nadie que le llorara cuando muriera. De manera que fue a visitar a F. X., que estaba a punto de salir de Angola, la penitenciaría estatal de Luisiana, y le dijo que podía quedarse en su casa de Tula Springs hasta que consiguiera ganarse la vida.

Mr. Pickens preparó una comilona para celebrar la primera noche de F. X. en Tula Springs. Comenzó con un aperitivo de salsa de almejas y Doritos para mojar, luego sirvió sopa de tortuga falsa (de lata, aunque Mr. Pickens no le dijo a su hermanastro que era de lata, ni tampoco falsa), una ensalada de mandarinas con salsa Green Goddess, dos enormes filetes de aguja con boniatos glaseados de acompañamiento, y para acabar bizcocho de piña. F. X. dijo que estaba demasiado nervioso para comer y apenas picoteó un poco.

Pero después de cenar envolvió algunas sobras y se las llevó a la salita. Dijo que le vendrían bien a eso de medianoche, que era cuando le entraba el hambre de verdad.

Por cortesía, Mr. Pickens se quedó un rato en el cuarto de estar con F. X. y miraron la tele. No le parecía bien dejarlo solo su primera noche de libertad, aunque tampoco se le ocurría nada que decir. No quería avergonzar a F. X. sacando a colación nada que tuviera que ver con la cárcel, y tampoco le parecía el momento oportuno para contarle lo del lunar en la espalda, al menos no en una noche de celebración. Y era una pena, porque Mr. Pickens necesitaba contárselo a alguien, porque estaba a punto de explotar. (*Lo cierto es que no siento nada, se moría de ganas de decirle a F. X. Piensas que alguien con un pie en la tumba debería sentir algo de dolor, pero como estoy totalmente hinchado de Novocaína, la cara, las manos...*)

—Eh, ¿qué es eso? —farfulló F. X. mientras sus ojos castaño oscuros, casi negros, se fijaban en un plato de caramelos colocado encima del televisor. No parecía que la cárcel hubiera perjudicado su aspecto; se le veía tan apuesto como siempre, exceptuando algunos pelos que le asomaban de la nariz.

—¿El qué? ¿Eso de ahí? —dijo Mr. Pickens—. Son unas mentas.

—Creía haber visto una cucaracha. ¿Tienes cucarachas, hijo?

—No —mintió Mr. Pickens—. ¿Quieres una menta?

—Me cago en las putas cucarachas —farfulló F. X. mientras extendía un pie descalzo para subir el volumen del televisor.

F. X. y Mr. Pickens nunca habían mantenido una relación muy estrecha, exceptuando unos pocos años durante su infancia. Después de que el padre de Mr. Pickens se divorciara, se fue de Tula Springs —donde el joven Mr. Pickens siguió viviendo con su madre— y pasó a ser gerente de un autocine en Ozone, la capital del condado. Allí fue donde Mr. Pickens padre volvió a casarse, esta vez con una italiana a la que le gustaban los santos, motivo por el cual a F. X. le pusieron ese extraño nombre, Francis Xavier. A Bobby Pickens le permitían visitar a su padre los fines de semana, siempre y cuando prometiera no asistir a la iglesia católica de la nueva Mrs. Pickens. F. X., su madre y Mr. Pickens padre vivían justo debajo de la enorme pantalla del autocine

Ozone Lux. Bobby pensaba que era el lugar más maravilloso del mundo para vivir, porque con solo asomar la cabeza por la ventana de la sala podías ver estrellas de cine. La taquilla estaba conectada al dormitorio principal, en el que F. X. y Bobby tenían prohibido jugar. Pero se colaban cuando su padre estaba ausente y vendían entradas a la madre de F. X., que fingía ser un gángster. A Bobby le gustaba pensar que F. X. había sido un buen amigo cuando eran pequeños. Luego, en la secundaria, F. X. se convirtió en el capitán del equipo de fútbol americano de Ozone High, y ya no quiso saber nada de Bobby. Este, aunque era tesorero del Consejo de Seguridad del Instituto de Tula Springs y miembro del equipo que elaboraba el anuario, nunca había destacado en los deportes.

A mitad de un telefilm acerca de una viuda que aprendía a cuidar a un coyote con una pierna rota que había mutilado a su gato, llamaron a la puerta.

—Iré a abrir —dijo Mr. Pickens, poniéndose en pie de un salto de la butaca de cuero sintético. F. X. le lanzó una extraña mirada de soslayo, de modo que Mr. Pickens procuró comportarse de manera algo más natural cuando salió del cuarto y cerró la puerta a su espalda.

Como no se imaginaba quién podía visitarle a esas horas, nada más abrir la puerta se quedó sorprendido al ver que era la chica que vendía baratijas en Ofertas Sonny Boy, donde él era el encargado adjunto. Dijo que ella y una amiga habían salido a dar un paseo en coche, y habían pensado que a lo mejor a Mr. Pickens le gustaría ir a tomar una Coca-Cola o algo parecido.

Normalmente, Mr. Pickens no habría salido con ellas. Sospechaba que la muchacha estaba un poco más que enamorada de él, y no le parecía justo darle pie. Tampoco es que la chica fuera fea. Si se pusiera menos sombra de ojos y anduvieran más recta —y perdiera unos diez o doce kilos—, no estaría mal. No, no era su aspecto lo que le molestaba. Según él, lo que le faltaba era ese algo indefinible que se llamaba clase. Tanto le daba cuánto pesara una chica o cuántos dientes tuviera en mal estado (ese era otro de sus defectos), pero si tenía clase, no había más que hablar.

Aunque sabía que debería quedarse en casa con F. X., Mr. Pickens se alegró de tener una excusa para poder alejarse de la película sobre el coyote cojo que estaban viendo. Después de decirle a Burma, la chica de Sonny Boy, que esperara en el coche mientras él iba a buscar su abrigo, regresó a la sala y le preguntó a F. X. si le importaba que saliera un rato. Dijo que había olvidado que tenía una cita. F. X. contestó que no le importaba en absoluto, y por primera vez en aquella velada su cara se iluminó y casi sonrió. Antes de marcharse, Mr. Pickens le enseñó cómo abrir el sofá y le explicó que las sábanas color lavanda decoradas con tulipanes eran de su madre, no de la suya.

—Sí, muy bien, lo he pillado —dijo F. X.

El doble tubo de escape del coche, un viejo Buick con el adhesivo de una llama en la capota, emitía nubes de vapor al fresco aire de noviembre. Burma tocó la bocina cuando Mr. Pickens salió al porche. Era una bocina de cuatro notas con la melodía de «*My dog has fleas!*». Enfundado en su chaquetón para ir en coche, con una capucha imitación piel erizada sobre su cabeza, Mr. Pickens le indicó a Burma que dejara de hacer señas con los faros, pues aquello podría alarmar a su vecina, Mrs. Wedge. Volvió a sonar la bocina de cuatro notas mientras Mr. Pickens tropezaba con un macizo de aspidistra que había en su patio delantero.

Hasta que no abrió la portezuela del copiloto, Mr. Pickens no vio quién era la amiga de Burma: ni más ni menos que la chica que atendía el mostrador de golosinas de Sonny Boy, la muchacha a la que le había robado el reloj el viernes anterior. Bueno, ahora no podía echarse atrás.

—Córrete un poco —le dijo Burma a su acompañante.

La chica que vendía chucherías, una pelirroja alta un tanto esnob, dijo que se trasladaría al asiento de atrás. Burma le replicó que no fuera tonta, que cabían todos delante. A Mr. Pickens le pareció un poco raro que aquellas dos chicas fueran amigas, pues Burma tenía treinta y seis o treinta y siete años —no estaba seguro—, mientras que Toinette, que era nueva en la tienda, solo tenía dieciocho.

El perfume de Toinette era fuerte, y provocó que el bizcocho que

Mr. Pickens tenía en la barriga comenzara a alborotar. Burma dio marcha atrás por el camino de entrada a bandazos, y el ruido del motor sin silenciador rebotó como disparos de escopeta en la robusta casa de madera de ciprés. Burma le explicó que el coche no era suyo. Era de su sobrino. Lo habían castigado por hacerse un tatuaje en el ombligo, y todavía le faltaba un mes para poder volver a conducir.

—No estoy acostumbrada a este trasto —dijo, aminorando la velocidad en Dr. Henry's para que otro coche pudiera aparcar—. Los frenos van un poco raros, sabe. Y esta bocina es una soberana horterada. Mamá casi se muere cuando hoy fui a buscarla a la escuela de belleza.

Toinette le preguntó a Burma si no odiaba a la nueva telefonista de la escuela de belleza, pero antes de que Burma pudiera contestar, Toinette dijo que necesitaba tomar un chicle sin azúcar. Se había dejado los suyos en casa.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Burma, hurgando en su bolso mientras estaban parados en un semáforo—. ¿Mr. Pickens?

—¿Cómo? —dijo él. Creía que le hablaba a la otra chica—. ¿Qué hombre?

—El hombre que había en su casa. —Le entregó un chicle a Toinette—. Solo de uno en uno —le advirtió.

—Ah, él —dijo Mr. Pickens. Las persianas debían de estar abiertas, y las chicas habían visto el interior de la sala. Mr. Pickens tomó nota mental de que a partir de ahora tenía que dejarlas cerradas—. Perdona, ¿dónde vamos? —preguntó con la esperanza de que Burma se olvidara de su hermanastro. Tampoco causaría buena impresión que en Sonny Boy todos se enteraran de que vivía con un exconvicto.

—No lo sé —dijo Burma—. ¿Dónde queréis ir?

—No sé —dijo Toinette, colocando sus piernas delgadas y pecosas al otro lado de la joroba de transmisión.

Burma frenó en las vías del tren que discurrían paralelas a la calle principal de Tula Springs. La última vez que un tren había pasado por esas vías había sido en 1908, cuando era una importante población maderera. Pero después de talar casi todos los pinos y cipreses, el aserradero cerró y se marchó, y el ferrocarril ya no fue más que una línea divisoria entre el lado de la población en el que vivía Mr. Pickens

y el lado al que Mrs. Wedge acudía cada jueves para recoger a su asistente.

—¿Por qué siempre te paras aquí? —preguntó Toinette mientras cruzaban los raíles de vía estrecha y doblaban hacia Flat Avenue.

—Es la ley.

—¿La ley? La ley es para cuando algo te puede pasar por encima. Además, ¿quién va a arrestarte, muchacha? —Toinette tenía razón; Tula Springs ni siquiera tenía cuerpo de policía.

—Todavía conservo mi conciencia —insistió Burma.

Cuando pasaron por delante de Ofertas Sonny Boy, que de noche mantenía encendida una luz atenuada para desalentar a los ladrones, Burma hizo sonar la bocina.

—No lo hagas —se quejó Toinette—. Me deprime.

Junto a la tienda había una lavandería automática de techo de hojalata, y a continuación tres edificios vacíos, uno de los cuales —el viejo hotel de madera construido por la empresa del aserradero— exhibía un cartel que prometía que pronto se convertiría en la sede de Jojo's Health Food Emporium (aunque el cartel ya llevaba dos años prometiéndolo). Ajax Feed and Seed, al otro lado del callejón desde el hotel, mostraba todo tipo de carteles pintados sobre los bloques de hormigón en letras con goterones —Purina Chow, Cash & Carry, Mash Spaciel—, y si mirabas atentamente, debajo podías ver una capa de encalado, Suck Eggs. Después de Ajax venía un Western Auto y una zapatería que nunca tenía el número que necesitabas. Luego venía Iota's Poboy's, un chamizo no más grande que una cabina de peaje en el paso elevado del lago Pontchartrain. Y finalmente estaba el ayuntamiento, el edificio más grande de Tula Springs. Se remontaba al siglo XIX, cuando las Parroquias de Florida, que todavía no formaban parte de la Compra de Luisiana, se rebelaron contra el dominio español. Los colonos, muchos de ellos procedentes de Virginia y las dos Carolinas y lealistas a la corona británica durante la Guerra de Independencia, comían maíz, que los franceses, que vivían a pocas millas al sur, consideraban comida para cerdos. Durante un breve período, en 1810, esa franja de tierra al sur del Misisipi y al norte del lago Pontchartrain vivió libre de cualquier tipo de lealtad, ni a los

Estados Unidos ni a España, ni siquiera a Inglaterra. Mr. Pickens no se sentía muy orgulloso de esa historia, pues le sonaba a comunismo. Luego, como si no tuvieran ya bastante con los lealistas y los traidores, allá por el fin de siglo el Ferrocarril Central de Illinois comenzó a colonizar esas parroquias con gente del norte, holgazanes que no tenían suficiente sentido común como para quedarse en su tierra. No era de extrañar que incluso hoy existiera en Tula Springs una cierta falta de patriotismo que molestaba a Mr. Pickens. El estado había declarado en ruinas el ayuntamiento, y con razones fundadas: aunque supuestamente era un edificio hermoso y antiguo (después de varios incendios había acabado reducido a un estilo neogriego con doce majestuosas columnas), ahora resultaba francamente peligroso. A la inspectora de Parques y Alcantarillado, uno de sus tacones altos se le había quedado clavado en un peldaño podrido de la escalera en curva, provocándole una fea caída que durante una semana le había hecho olvidar quién era. Pero el alcalde, cuyo abuelo había nacido en Iowa, se negaba a irse de aquel edificio en ruinas, con lo que a ojos de Mr. Pickens era como si todo el pueblo fuera un tanto ilegal.

—Vamos a Junior's —dijo Toinette cuando ya llevaban en el coche unos cuantos minutos y pasaban junto a la Granja de Pollos Tula Springs, justo en la linde de la ciudad.

—Me parece que debería volver a casa —dijo Mr. Pickens después de haber observado con aire ausente la larga hilera de gallineros automatizados. Al borde de una zona de pastos, un árbol escuálido y retorcido se inclinaba hacia el cielo sin estrellas, que parecía lo bastante denso como para sustentarlo.

—Aguafiestas —dijo Toinette.

—No llames aguafiestas a Mr. Pickens —dijo Burma—. Estoy segura de que tiene ganas de tomarse una Coca-Cola con nosotras. ¿No es así, Mr. Pickens?

Mr. Pickens no tenía ningunas ganas.

—Bueno, pero solo una —dijo.